

BOLETÍN DEL CLERO DEL OBISPADO DE LEON

LA CORONACIÓN DE S. S. PÍO X

El día 9 se efectuó en Roma en la Basílica de San Pedro la grandiosa ceremonia de la Coronación de Su Santidad Pío X.

Se calculan en 50.000 personas las que han asistido.—Delante del templo había tropas italianas para mantener el orden.—En el interior de la Basílica prestaban servicio de seguridad los cuerpos armados de la Santa Sede.—A las ocho y media de la mañana bajó el Papa de sus habitaciones del Vaticano, acompañado de los grandes dignatarios pontificios.—Su Santidad se trasladó al pórtico de la Basílica, en donde se había levantado un trono ante la puerta Santa.—Revestido con los hábitos pontificales, y llevando puesta la mitra en la cabeza, se sentó en el trono, al propio tiempo que los Cardenales ocupaban su sitio en bancos especiales.—El Cardenal Rampolla, acompañado del Capítulo y clero del Vaticano, colocóse de pie ante el trono papal y pronunció en latin un corto discurso de homenaje al nuevo Pontífice.—Pío X admitió en seguida al Capítulo y clero de San Pedro á que le prestasen homenaje.—

Los Capitulares fueron arrodillándose uno por uno ante Su Santidad Pío X, y le besaron, en señal de respeto y obediencia, las sandalias.

Mientras se celebraba esta ceremonia los cantores de la Capilla Sixtina entonaron el grandioso himno *Tu es Petrus*.

Terminados estos preliminares de la ceremonia principal, el Papa subió á la Silla gestatoria y en ella fué conducido á la Basílica.

Al entrar en el templo Su Santidad fué aclamadísimo.—La inmensa muchedumbre que se apiñaba á ambos lados del camino que seguía la comitiva pontificia, prorrumpió en una inmensa aclamación que siguió resonando en aquellas grandiosas bóvedas hasta que el Papa y sus acompañantes llegaron al altar.—Cuando Pío X hizo su entrada solemne en la Basílica, resonaron las trompetas de plata de los grandes órganos y la guardia palatina rindió armas, tributando honores militares al Pontífice.—El entusiasmo de la multitud crecía por momentos y se exteriorizaba en vivas ensordecedores.—El Papa dió su bendición al pueblo, y de nuevo estallaron las aclamaciones y los vítores.—El venerable Pontífice hacía señales con la mano para que se restableciera el silencio y cesaran las aclamaciones.—Al llegar ante el altar del Santísimo Sacramento, bajó el Papa de la Silla gestatoria y permaneció unos minutos adorando al Santísimo, que se hallaba de manifiesto.—Los Cardenales, arrodillados, rodeaban al Pontífice formando una corona.—El espectáculo fué magnífico é indescriptible.

Su Santidad subió nuevamente á la Silla gestatoria, dirigiéndose, seguido de su comitiva, al altar mayor, entre incessantes aclamaciones de la muchedumbre.

En el trayecto un clérigo de cámara puso, por tres veces, un puñado de estopa en la extremidad de una caña dorada y la entregó al maestro de ceremonias. Este la enciende, diciendo

en voz alta, cada vez que esta operación se ejecuta: *Pater sancte, sic transit gloria mundi.*

Una vez ante el altar, el Papa descendió de la Silla gestatoria y se sentó en un magnífico trono allí dispuesto.

Todos los dignatarios de la Corte pontificia le prestaron obediencia. El Papa bendijo á todos.

Luego Su Santidad dijo Misa en el altar de la Confesión.

Acabado el *Confiteor*, los tres primeros cardenales de la Orden de Obispos recitaron separadamente la oración *Super electum Pontificem*, que se prescribe en el Pontifical romano.

El decano de la Orden de diáconos, impuso seguidamente el palio pontificio á Pío X, diciendo *Accipe palium, scilicet plenitudinem Pontificalis officii, ad honorem Omnipotentis Dei, et gloriosissimae Virginis Mariae, matris ejus, et B. B. apostolorum Petri et Pauli et Sanctae romanae Ecclesiae.*

Su Santidad ocupó después el trono y recibió la segunda obediencia, en la siguiente forma: los cardenales le besan el pie, la mano y le dan un abrazo; los arzobispos y obispos le besan la rodilla derecha; los penitenciarios el pie solamente.

Acto seguido continuó el Pontífice la misa asistido de un arzobispo y un obispo.

En esta misa se cantó la Epístola en latín y en griego, y al concluir, el cardenal arcipreste de San Pedro entregó al Santo Padre una bolsa de seda blanca conteniendo 25 monedas *pro missa cantata.*

Terminada la misa, el Papa, con los mismos ornamentos, excepto el manípulo, se sentó de nuevo en el trono.

Entonces la capilla entonó el motete *Corona aurea super caput ejus*, etc., y el cardenal subdiácono el *Pater noster* y el *Omnipotens sempiterne Deus, dignitas sacerdotii*, etc.

Concluidas estas preces, el cardenal segundo diácono, colocado á la izquierda del trono, quitó la mitra de oro de la

cabeza del Pontífice, y el cardenal primer diácono, colocado á la derecha, le impuso la tiara, diciendo:

Accipe Tiaram tribus coronis ornatam ut scias te esse Patrem Principum et Regum, Rectorem orbis, et in terra Vicarium Salvatoris N. J. C. cui est honor et gloria in saecula saeculorum.

Terminada la Misa, el Papa bendijo inmediatamente al pueblo.

El momento de la bendición fué de una solemnidad grandiosa é inenarrable.

Los millares de personas que llenaban el templo cayeron de rodillas dominados todos por una honda emoción, que á muchos hizo derramar lágrimas de veneración y ternura.

Después de bendecir á los fieles, Su Santidad ocupó la Silla gestatoria entre nuevas aclamaciones y vítores, y se retiró de la Basílica con el mismo ceremonial que á la entrada.

El entusiasmo de los fieles subió de punto cuando el Pontífice salió de la Basílica. Se escuchó un ¡viva Pío X! estruendoso, imponente, lanzado por 50.000 personas, que veían en el nuevo Papa al sucesor de San Pedro, al Vicario de Cristo en la tierra.

La grandiosa ceremonia terminó á la una y diez, sin que durante su celebración hubiese ocurrido ningún incidente desagradable.



LO QUE ES EL PAPA

He aquí el hombre que no se parece á los otros, y que no ha nacido para las obras comunes. Es una carne destinada á la muerte, y lleva, cual nosotros, un espíritu, en que cabe sin duda el error; más no está colocado en todos nuestros límites y sometido á todas nuestras probabilidades. Dios está ligado á él por un solemne juramento. Es el hombre á quien dijo el

Salvador: *Estoy contigo*. Hay en esta carne mortal más inmortalidad que en nosotros; el espíritu contiene más elemento divino. Es Pedro que no muere ni yerra. Débil, escarnecido, crucificado como el Hombre de dolor, invencible como el Hombre Dios, y en las condiciones del Calvario, continúa la obra del Calvario; la sigue después de diecinueve siglos, en presencia de hombres prosternados delante del prodigio, ó estupefactos y furiosos delante del problema. Enseña, expía, liberta, muere, reina: tiene las llaves del cielo, que abre ó cierra con sus manos.

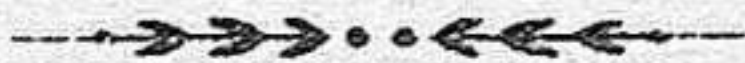
Lleva un nombre incomunicable: es el Papa, el Padre. Toda lengua, aun rebelde, así lo nombra, y no así á nadie más. Su paternidad real, la más antigua del mundo, es á la vez la más combatida hoy y la más segura del porvenir. El odio de sus adversarios corre parejas con el amor de sus hijos. Sus hijos llenan el mundo, pero diseminados, desfallecidos y limitados á muy poco como fuerza activa: sus adversarios por el contrario, son poderosos, ardientes, están coligados y provistos de armas excelentes. Desean y profetizan la caída del Papado ¿Porqué desesperan? ¿Por qué, rodeado aquél de maquinaciones, oprimido por soldados, maltrecho por los golpes y las burlas, no ve ninguna tierra enemiga que no piense siempre conquistar? He aquí el milagro, y he aquí el problema: es el triunfo constante é incomprensible siempre del Hombre de dolor.

El Papa es el que guía á Israel, más numeroso después que ha sido diezmado. En su presencia se abren las olas; á su voz las peñas se transforman en fuentes de aguas vivas; sale al encuentro de Madian y de Amalec, eleva sus manos sobre la montaña, y por su oración consigue la victoria. Es reverenciado, obedecido y amado por lo más selecto de la humanidad en todas las tierras conocidas; pone la mano en todo lo más grande que se obra en este mundo, y cuando ha dejado de vivir, las leyes emanadas de su infalible sabiduría son llevadas y recibidas por los países que el genio activo de la época busca todavía entre los espacios del Océano.

Desde su trono sublime, siempre azotado por tempestades furiosas, viviendo en su sucesor, é investido con todas las prerrogativas que Dios le ha dado, rige Pedro los pastores y apa-

cienta los rebaños, ata y desata, corrige, da ordenes á las inteligencias y dirige las almas. El orgullo vanamente disputa ó se rebela, recurriendo al sofisma, á la astucia, al agravio, á la fuerza brutal, y algunas veces separando toda una nación y todo un imperio; los que arrastra el enemigo á las tinieblas conservan un recuerdo y una necesidad de la luz que los volverá al buen camino. Pedro, seguro de lo más escogido de la humanidad, define el error y queda siendo el rey de la verdad. No existe mano bastante fuerte para abolir sus leyes. Su palabra es el dique inmutable que puede muy bien cubrir de espuma el mar desenfrenado, pero que no puede llevarse, ni tampoco desaparecer. Ve sin temblar el furioso esfuerzo de los rebeldes; escucha sin palidecer su clamor inmenso, y volviéndose á sus hijos, bendice á más de doscientos millones de almas, cuyo *Amén* fiel, despertando todos los ecos de la tierra, cubre á la vez la protesta del hereje, la negación del incrédulo y el grito de la bestia que aulla porque ha de obedecer. Tal es hoy el poder de Pedro, contra el cual, después de Nerón, se han conjurado alternativamente, y todos juntos, cuantos gigantes ha producido la especie humana. Ha vencido á Nerón, Arrio, Mahoma, Lutero, y Voltaire; abraza el mundo conocido; está fundado sobre doscientos millones de almas; sus conquistas no han concluído todavía, porque la plenitud de las naciones entrará en su cuna.

LUIS VEUILLOT.



Retractación del Sacerdote Pey Ordeix.

En el número del *Boletín Eclesiástico del Obispado de Barcelona*, correspondiente al 1.º de Julio de 1903, se publica el siguiente documento:

«EN EL NOMBRE DE DIOS

Yo el infrascrito Presbítero, profundamente arrepentido por la Divina Misericordia de los escándalos que he dado en estos últimos años y deseoso de reparar en lo posible los males

que he causado á la Iglesia Católica con algunos de mis escritos y predicaciones, después de pedir humildemente perdón á Dios Nuestro Señor

Declaro sinceramente que creo y profeso cuanto la Iglesia manda creer y profesar y si bien jamás ha sido mi ánimo apartarme de sus salvadoras enseñanzas, reconozco que en algunas ocasiones no he correspondido á la gracia de mi vocación sacerdotal desoyendo la voz de la misma Iglesia, desacatando sus legítimas autoridades y lanzando contra ellas graves calificaciones.

En su consecuencia condeno y repruebo todos y cada uno de los errores que se hallan en los periódicos *El Urbión, Urbión, Suplemento, Nuestra Revista y Cosmopolita*, y retracto los agravios, injurias é insultos publicados en esos ú otros periódicos contra las autoridades eclesiásticas y otras respetables personas.

Condeno y repruebo todo cuanto la Iglesia ha condenado ó pueda en lo futuro condenar en mis folletos, libros, dramas, novelas y en toda suerte de escritos publicados ó por publicar, especialmente los que pudieron ofender al difunto Obispo Sr. Morgades, al Eminentísimo Cardenal Casañas y á los reverendos Obispos de Mallorca, Lérida y demás Prelados. Y por cuanto dichos escritos fueron dados á luz sin licencia del Ordinario, al someterlos ahora á su censura, los doy por corregidos, enmendados ó censurados y prohibidos, según la Iglesia lo estime y juzgue conveniente.

Acepto, acato y respeto las condenaciones que contra mis escritos han publicado los reverendos Prelados Españoles y la Sagrada Congregación del Santo Oficio; y por cuanto esta Sagrada Congregación, en Decreto que todavía no se ha publicado, ha calificado de herejías y errores cismáticos, á algunos errores vertidos en mis escritos y predicaciones; los repruebo y retracto por tales, aceptando sumisamente dicho sagrado Decreto.

Pido perdón á cuantos sacerdotes y seglares haya podido extraviar con mi ejemplo ó consejo, suplicándoles que, juntamente conmigo, condenen y reprueben los errores y excesos á que les haya inducido y que, en cumplimiento de un deber

de conciencia, me ayuden á reparar los daños que les hubiere causado, entregando á la autoridad eclesiástica, todos mis escritos ya mencionados, para que, así como me siguieron en la confusión de la lucha, me sigan ahora en el camino de la sumisión y obediencia.

Asimismo interpretando los deseos de todos mis amigos, pido perdón á las autoridades y personas particulares á quienes haya podido agraviar, sin necesidad de recordarles el deber de confesar humildemente sus yerros y entregarse confiados en los brazos de Nuestra Santa Madre Iglesia, en cuyo seno igualmente que yo han nacido y desean morir.

Me arrepiento de todo el mal hecho y pido perdón á Dios y á su Santa Iglesia de las ofensas que haya inferido á sus santos, en especial á San Ignacio de Loyola.

Repruebo también las ofensas inferidas á todas las Órdenes Religiosas, particularmente á la Compañía de Jesús, pidiéndoles me perdonen y rogando á los fieles que reprueben conmigo dichas ofensas.

Juro ante Dios y los hombres que son sinceras y leales estas mis afirmaciones y declaraciones y prometo con el mismo juramento que, ayudado de la gracia de Dios, no volveré á hablar, obrar ó escribir en el sentido que aquí repruebo y condeno.

Finalmente suplico á la Santa Iglesia Católica que se digne perdonar todos los excesos, errores y extravíos que haya notado en mí y que los repunte más bien que hijos de la malignidad, como fruto de fragilidad, ignorancia ú obstinación incomprensible.

Por todo lo cual, desde ahora acepto sumiso todas las penitencias canónicas que la Iglesia me imponga, acogiéndome al mismo tiempo que á su justicia á las entrañas maternas de su misericordia.

Barcelona 18 de Junio de 1903.—*Segismundo Pey Ordeix.*